

Hélène Delforge

Abuelas y abuelos

Quentin Gréban

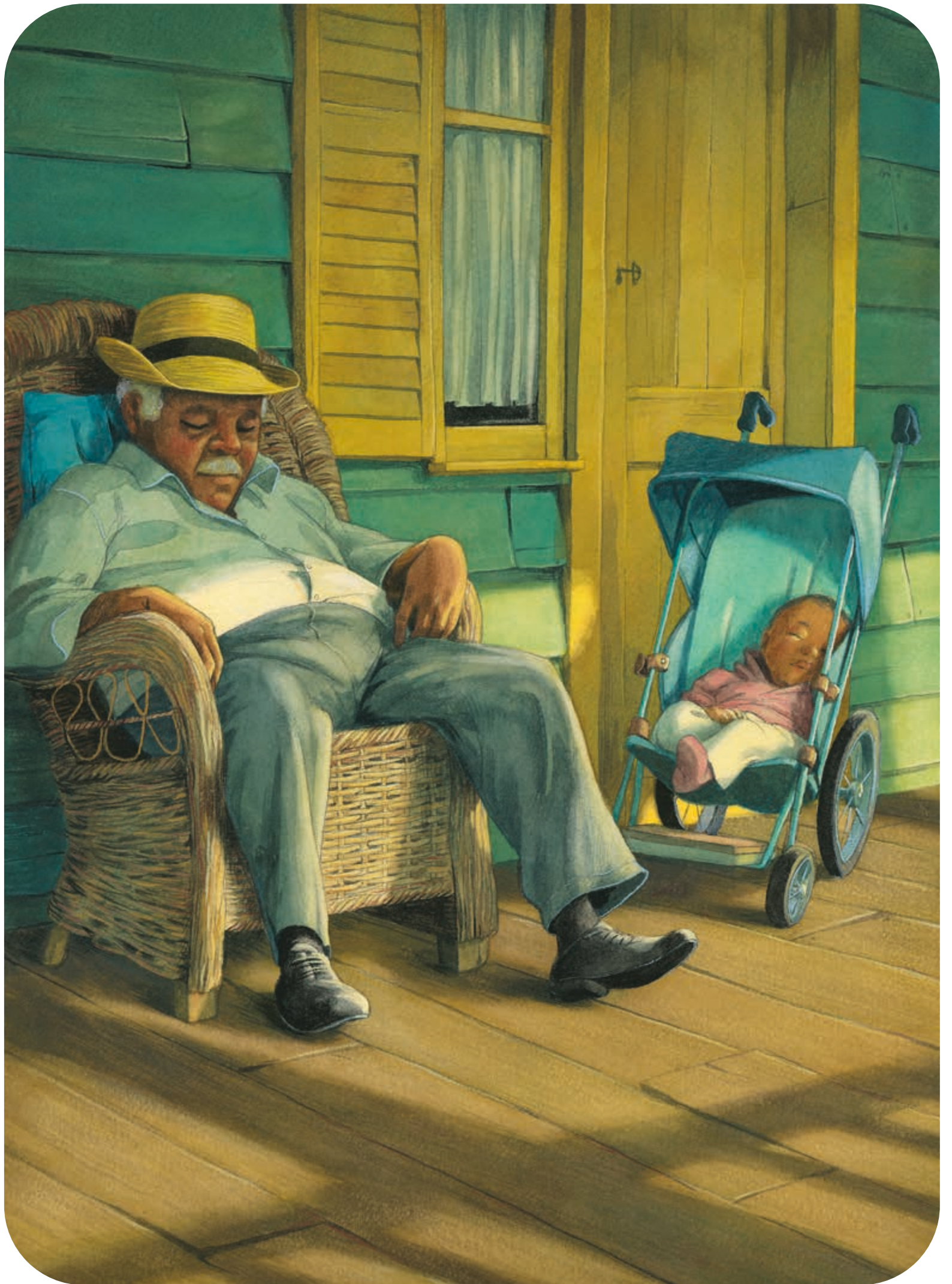


algar

Atrapé a los monstruos que se emboscaban bajo la cama.
Metí en cintura al matón del parque que te robaba la merienda.
Resolví el misterio de los grifos que gotean
y llenan las bañeras.
Espanté a los perros de siete metros de alto
que se escondían tras los setos.
Puse nombre a las estrellas
(incluyendo la tuya, a la derecha de la Osa Mayor, más arriba).
Construí camas y cabañas.
Te llevé a la escuela en mi nave espacial.
Era un héroe.
Tu héroe.
Y después...
Descubriste que no conocía los secretos de la trigonometría
y que un beso mágico no podía curar un brazo roto.
Creciste.
Mi capa quedó hecha jirones.

Hoy me la he puesto de nuevo.
Tengo un nuevo poder.
Duermo a tu bebé, el pequeñajo que no duerme por la noche.
Soy Supersiestaman.
El héroe que ronca y acuna.





Sostiene en brazos a su último nieto.
El trigésimo bebé que desciende de ella.
Estará ahí para él.
Puede contar con ella.
Como todos los anteriores.
Quizás por un tiempo más corto.
Pero qué importa el tiempo.
Ella sembrará las semillas.
Los mimos.
Los grandes principios.
«Di *te quiero*».
«Escucha y entiende».
«El recuerdo de la felicidad es de nuevo la felicidad».
«No olvides que las pequeñas tristezas de los niños
son muy importantes».
Le ha escrito una felicitación de cumpleaños.
No ha puesto la fecha.
Así le servirá para toda la vida.



